

El camino discipular

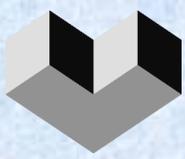
Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

En este día la Palabra nos orienta para que profundicemos en la consciencia de nuestra vida de discípulos. Ésta comienza con el llamado de Dios, con su elección y continúa con el reconocimiento al cual llegamos por la revelación como iniciativa suya y nuestra confesión de fe, como lo entendimos el domingo pasado con la confesión de Pedro. Hoy podemos enfatizar en algunas consecuencias de esta confesión, pues requiere que nuestra voluntad esté alineada con la voluntad de quien nos ha llamado a seguirle. La invitación es: “El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24).

La invitación de Jesús “el que quiera venir conmigo”, tiene una fuerza inmensa de libertad, pues el camino que describe a continuación es sólo si queremos seguirlo, si asentimos a su invitación. Al iniciar el camino del seguimiento, necesariamente hemos de continuar con la dinámica del discernimiento: renunciar a sí mismo, tomar su cruz y seguirle.

Renunciar a sí mismo: Para que ello verdaderamente suceda tenemos que percibir que esta negación nos conduce a perseguir una meta superior. En este sentido nos orienta muy bien la carta de san Pablo a los Romanos como lo escuchamos en este día: “dejen que una nueva manera de pensar los transforme internamente” (Rm 12,2) una manera de pensar que oriente nuestro actuar y nos mueva, sabiendo que en la voluntad de Dios encontramos: “lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rm 12,2b). San Gregorio Magno, en una de sus homilias decía:

El que no se niega a sí mismo no puede aproximarse a aquel que está sobre él. Pero si nos abandonamos a nosotros mismos, ¿adónde iremos fuera de nosotros? ¿O quién es el que se va, si se abandona a sí mismo? Nosotros somos una cosa caídos por el pecado y otra por nuestra naturaleza original. Nosotros nos abandonamos y nos negamos a nosotros mismos, cuando evitamos lo que fuimos por el hombre viejo y nos dirigimos hacia donde nos llama nuestra naturaleza regenerada. (San Gregorio Magno, homiliae in Evangelia, 32,2)



Tomar la cruz: La renuncia permite que la cruz sea abrazada y amada en libertad. Al rechazar las propuestas que el mundo nos ofrece para alcanzar la bondad, la felicidad y la perfección, el discípulo se expone a la burla, o a la aparente derrota de la muerte ignominiosa de la cruz. Sin embargo con la seguridad de sentirse en las manos de Dios toma su cruz con valentía. Ejemplo de ello lo tenemos en la primera lectura, que es reflejo de los avatares que debe enfrentar quien emprende el camino del discipulado: “Por anunciar la palabra del Señor, me he convertido en objeto de oprobio y de burla todo el día”(Jr 20, 8b). San Gregorio nos propone la manera de tomar la cruz:

Podemos tomar la cruz de dos maneras. O dominando nuestro cuerpo con la abstinencia, o cargando nuestro espíritu con la compasión que inspiran las miserias del prójimo. Pero como muchas veces se mezclan algunos vicios con la virtud, debemos tomar en consideración que algunas veces la vanagloria acompaña a la mortificación de la carne y la virtud se hace visible y digna de alabanza, porque aparece la sequedad en el cuerpo y la palidez en el rostro. Y casi siempre se une una falsa piedad a la compasión del alma que nos arrastra con frecuencia a condescender con los vicios. El Señor a fin de evitar todo esto dice: "Y sígame". (San Gregorio Magno, homiliae in Evangelia, 32,3)

Seguirle: Para estar alertas en el seguimiento, es necesario que nuestras obras de penitencia y caridad surjan en lo profundo de nuestro ser, broten espontáneamente del amar a Dios y sabernos amados por él. Lo cual se concretiza en una vida religiosa que es sostén para todas las actividades cotidianas, consagrándole a él los espacios, el tiempo, la actividad. Poniendo en sus manos nuestro, talento, nuestro tiempo y nuestro tesoro. Lo cual se refleja muy bien en el salmo 62 que nos ofrece hoy la liturgia de la Palabra y al cual hacemos eco diciendo “Señor, mi alma tiene sed de ti”. En nuestro bautismo decimos que hemos muerto Cristo, que hemos sepultado la vida de pecado para vivir en la gracia; para que ello se haga realidad, Orígenes nos aconseja así: “Aunque parezca que alguno se abstiene de pecar, sin embargo, si no ha tomado la cruz de Cristo, no se puede decir, que está crucificado con Cristo o que está abrazado a su cruz”.

En este camino discipular, confiemos en la protección de María Santísima, quien supo asumir todas estas cosas de manera incomparable, para que guiados por su ejemplo y ayuda, podamos también estar dispuestos a decirle a Dios “sí” con todo nuestro ser.